



Soto del Real.

«Los mancebos «medidores» se escurren como anguilas entre los clientes, enorme bandeja chorreante de agua en las yemas de los dedos de una de las manos y un frasco de vino en la otra. ¡Oh, medidores de Alcorcón, Métrida, Arganda, Torrelodones, Vallecas, Colmenar Viejo y Colmenar de Oreja!... ¡Quién tuviera un cálamó de oro para inmortalizaros como merecéis!»

En el nomenclátor de la provincia de Madrid existen 182 pueblos. En el presente libro sólo se han descrito o se ha hecho mención de aquellos que por sus costumbres, por la belleza de sus lugares, por sus monumentos o por su participación en la Historia han recabado la atención de los ilustres literarios dejando para la posteridad hermosas obras, bellos poemas, magníficas descripciones, graciosas críticas o burlescas sátiras. Ante la imposibilidad de poder citar aquí a todos y cada uno de los pueblos madrileños, no por ello son inmerecedores de la atención de los escritores, ya que todos poseen algo bello, costumbres típicas, hermosos monumentos o lugares llenos de encanto y poesía.

Algunos de los que no han sido citados sí han acaparado la atención no sólo de los españoles, sino también de los extranjeros, como Robledo de Chavela, cuya estación espacial de Fresnedillas ha participado en la más grande empresa realizada por el hombre: «La conquista de la Luna». Otro es San Sebastián

de los Reyes, cuya fama en sus corridas de toros y la «espantá» por las calles del pueblo le hacen ser visitado por infinidad de turistas.

Vaya por delante, no obstante, nuestra admiración hacia todos aquellos pueblos que no han sido mencionados, ya que nos consta su gran interés por el engrandecimiento de la provincia a que pertenecen. Provincia que, podemos asegurar, ha sido una de las glosadas por las más grandes plumas de la Literatura española.

EXCURSION LITERARIA POR LA SIERRA MADRILEÑA

LA SIERRA DE GUADARRAMA

Finalizada la parte correspondiente a los pueblos de la provincia de Madrid, corresponde ahora mencionar literariamente la parte que podríamos llamar Geografía Literaria de la provincia, al igual que lo ha realizado el insigne escritor y profesor José Fradejas Lebrero, cuyo libro titulado «Geografía Literaria de la provincia de Madrid» fué editado por el Instituto de Estudios Madrileños. En todo su contenido, perfectamente sincronizado, aparte de hacer una extensa mención de los autores literarios que han escrito sobre la provincia, describe con pluma ágil y desenvuelta, no exento de un gran contenido litera-

rio, los pueblos, los montes, los ríos, las costumbres y todo lo que se relaciona con esta provincia. Un valioso libro que, gracias a él, me ha servido de pauta y orientación para este modesto trabajo que realizo. Un libro que todo madrileño o natural de la provincia de Madrid debía de poseer en su biblioteca para un mejor conocimiento del lugar donde nació. El profesor Fradejas maneja con toda autoridad las menciones, poemas o citas, así como las descripciones que se hacen de su geografía, con indudable maestría literaria.

Por eso me he inclinado a comenzar la selección literaria de la Sierra de Guadarrama por una parte del prólogo de dicho profesor, en donde dice, refiriéndose a su obra:

«Es un ensayo, del cual pueden obtenerse provechos de varia importancia: el conocimiento literario de la provincia, el facilitar notas aclaratorias a algunos aspectos de obras clásicas y, por último, el dar a veces una evolución de la importancia de ciertos lugares, con expresión de las concausas.»

Más adelante, y ya iniciados en el tema de la Sierra de Guadarrama, en el mismo prólogo, y refiriéndose a dicha Sierra, dice:

«El capítulo primero, «La Sierra», es extenso y bastante completo, porque se incluyeron todas las notas por mí conocidas, mostrándonos así un curioso fenómeno: la abundancia de menciones medievales y del siglo XX frente a la escasez de los Siglos de Oro; cuando en esta última época se le mienta es de manera puramente incidental y sin afán descriptivo o valorativo; tiene, pues, exclusivamente el valor de una cita topográfica. Para nuestros clásicos, la escabrosidad serrana madrileña tiene escasa función poética, no así para nuestros pintores: Velázquez obtuvo con ella sus mejores y más límpidos fondos pictóricos.»

La Sierra de Guadarrama, esa sucesión de montes que separa a las dos Castillas, con sus puertos, sus valles, su agreste paraje, entre Madrid, Segovia y Avila, ha merecido la atención de nuestros literatos en diversas y muy variadas obras, quizá, como muy bien dice el profesor Fradejas, predomine en la literatura contemporánea, ya que pocas referencias existen de la correspondiente a los Siglos de Oro. Pero desde el Marqués de Santillana hasta Unamuno, ha sido centro de la atención literaria de nuestros autores.

Así tenemos a Carlos Fernández Shaw que, en el prólogo de sus «Poemas del Pinar», dice:

«En Poemas del Pinar..., lo principal es la Sierra, la Sierra misma; con su terreno y con su gente; con sus grandezas y con sus primores; con sus pájaros a millares, con sus flora montaraz, con sus rapaces bizarras.»

Pero para cantar a la Sierra o algún otro paisaje continúa en su prólogo:

«... más que la belleza de tan fragosos parajes, reflejan tales composiciones el estado del alma del poeta al vagar por ellos.»

¡Y cuánta razón tiene don Carlos! Para poder escribir sobre la Sierra hay que inspirarse en la Sierra misma, hay que dejarse mover por su aire, hay que penetrar en el aroma de las plantas que a su alrededor crecen, hay, en fin, que inspirarse en las mismas entrañas de la propia Sierra, como hiciera don Ramón del Valle Inclán en su obra «La Corte de los Milagros», dolido por la muerte de don Ramón María Narváez:

«Aquella primavera, como tantas otras, trajeron orla de luto las brisas del Guadarrama. Marzo y abril, siempre ventosos en sus idus, suelen declinar cierzos y nieves sobre la Corte de España. Los azules filos serranos, en estas lunas, se llevan del mundo a muchos viejos de catarro y asma. Así, de un aire, acabó sus empresas políticas y sus bravatas de jácara el excelentísimo señor don Ramón María Narváez. ¡Guadarrama de azules lejos, fríos y claros como el alma de los criminales, por tu culpa lloran los azules ojos de la Reina de España! Tus colados filos regaron la flor de la canela para entregarla a pasto de gusanos.»

De los pocos autores que describen la Sierra de Guadarrama como una belleza cubierta de nieve, Ciro Bayo, que tantas descripciones hiciera de la provincia madrileña, nos hace una sencilla mención:

«... en invierno, las enormes masas de nieve que cubren los picos del Guadarrama dan al paisaje un carácter alpino, bello y sorprendente.»

Quizá sea don Pío Baroja quien con más detalle describe la Sierra de Guadarrama; en su «Camino de perfección», ya citado anteriormente, contempla a lo lejos la ingente mole montañosa que se perfilaba enfrente y la describe:

«La Sierra se destacaba como una mancha azul violácea, suave, en la faja de horizontes cercana al suelo, que era de una amarillez de ópalo, y sobre aquella ancha lista opalina, en aquel fondo de místico retablo, se perfilaban claramente, como en los cuadros de los viejos y concienzudos maestros, la silueta recortada de una torre, de una chimenea, de un árbol.»

Ya más cercano a los montes, hace asimismo a Somosierra una mención:

«Enfrente se veía Somosierra como una cortina violácea y gris; más cerca se sucedían montes desnudos con altas cimas agudas, en cuyas grietas y oquedades blanqueaban finas estrías de nieve. Bajó Fernando hacia un valle, por una escarpada ladera, entre tomillares floridos y olorosos, matas de espinas y zarzas.»

¡Qué forma de describir tenía don Pío! ¡Cómo le gustaba recrearse en el paisaje, analizándolo con todo lujo de detalles que pasaba luego a su fina y elegante pluma! Así continúa describiendo la Sierra:

«Charlando iban subiendo el monte, se internaban por entre selvas de carrascas espesas con claros en medio. A veces cruzaban por bosques, entre grandes árboles secos, caídos, de color blanco, cuyas retorcidas ramas parecían brazos de un atormentado o tentáculos de un pulpo... A su lado corría un torrente, saltando, cayendo desde grandes alturas como cinta



Robledo de Chavela.

de plata... Los montes que enfrente cerraban el valle tenían un color violáceo con manchas verdes de las praderas...

De las laderas subían hacia las cumbres, trepando, escalando los riscos, jirones de espesa niebla que cambiaban de forma, y al encontrar una oquedad hacían allí su nido y se amontonaban unos sobre otros.

Anochecido llegaron a la laguna y anduvieron recorriendo los alrededores por todas partes a ver si encontraban alguna cueva o socavón donde meterse. Era aquello un verdadero páramo, lleno de piedras, desabrigado; el viento, muy frío, azotaba allí con violencia.»

Muy a fondo debió de estudiar y analizar Baroja la Sierra de Guadarrama, ya que sus descripciones son de un realismo impresionante, como lo hace al pie de la laguna de Peñalara en su «Camino de Perfección», y que, por cierto, más perfecto no puede ser, al menos, su relato. Así lo demuestra una vez más:

«... Era un paisaje extraño, un paisaje cósmico, algo como un lugar de planeta inhabitado de la Tierra en las edades geológicas del ictiosaurio y pleosaurio. En la superficie de la laguna, larga y estrecha, no se movía ni una onda; en su seno, oscuro, insondable, brillaban dormidas miles de estrellas. La orilla, quebrada e irregular, no tenía a sus lados ni arbustos ni matas; estaba desnuda.»

Adentrado ya en plena Sierra y mientras descansa fatigado por la dura caminata, contempla extasiado

los alrededores de la montaña, sus valles, el río que al fondo serpentea bañándose el sol en sus aguas, el cielo, cuyas nítidas estrellas se van mostrando al paso de las nubes blancas que lo van cubriendo; Baroja describe poéticamente, lleno de intensa admiración, todo el paisaje:

«Con los ojos entornados por la reverberación de las nubes blancas, veían el suelo lleno de hierba, salpicado de margaritas blancas y amarillas, de peonías de malsano aspecto y tulipanes de purpúrea corola.

Una ingente montaña, cubierta en su falda de retamares y jarales florecidos, se levantaba frente a ellos; brotaba sola, separada de otras muchas, desde el fondo de una cóncava hondonada, y al subir y ascender enhiesta, las plantas iban escaseando en su superficie y terminaba en su parte alta aquella mole de granito como muralla lisa o peñón tajado y desnudo, coronado en la cumbre por multitud de riscos de afiladas aristas, de pedruscos rotos y de agujas delgadas como chapiteles de una catedral.

En lo hondo del valle, al pie de la montaña, veíanse por todas partes grandes piedras esparcidas y rotas, como si hubieran sido rajadas a martillazos; los titanes, constructores de aquel paredón ciclópeo, habían dejado abandonados en la tierra los bloques que no les sirvieron.

Sólo algunos pinos escalaban, bordeando torrenteras y barrancos, la cima de la montaña.

Por encima de ellas, nubes algodonosas, de una blancura deslumbrante, pasaban con rapidez.

Dando la espalda a la montaña se veía una llanura azulada y la carretera, cruzándola en zigzag, serpenteando después entre oscuros cerros hasta perderse en la cima de un collado.

La parte cercana de la llanura estaba en sombra; una nube plumiza le impedía reflejar el sol; la parte lejana, iluminada perfectamente, se alejaba hasta confundirse con la Sierra de Gredos, faja oscura de montañas, oculta a trozos por nubecillas grises y rojizas.

Aquella tierra lejana e inundada de sol daba la sensación de un mar espeso y turbio, y un mar también, pero mar azul y transparente, parecía el cielo, y sus blancas nubes eran blancas espumas agitadas en inquieto ir y venir: tan pronto escuadrón salvaje, como manada de tritones melencidos y rampantes.

Con los cambios de luz, el paisaje se transformaba. Algunos montes parecían cortados en dos; rojos en las alturas, negros en las faldas, confundiendo su color en el color negruzco del suelo. A veces, al pasar los rayos por una nube plumiza, corría una pincelada de oro por la parte en sombra de la llanura y el bosque, y bañaba con luz anaranjada las copas redondas de los pinos. Otras veces, en medio del tupido follaje, se filtraba un rayo de sol, taladrándolo todo a su paso, coloreando las hojas en su camino, arrancándolas reflejos de cobre y de oro.

Fué anocheciendo. Se levantó un vientecillo suave que pasaba por la piel como una caricia. Los cantos perfumaron el aire tibio de un aroma dulce, campesino. Pieron los pájaros, chirriaron los grillos, rumor confuso de esquilas resonó a lo lejos. Era una sinfonía voluptuosa de colores, de olores y de sonidos.

Brillaban a intervalos los pedruscos de la alta muralla, enrojecidos de pronto por los postreros resplandores del sol, como si ardieran por un fuego interior; a intervalos también, al nublarse, aquellas rocas eriguídas, de formas extrañas, parecían gigantescos centinelas mudos o monstruosos pajarracos de la noche, preparados para levantar el vuelo.

De pronto, por encima de un picacho, comenzaron a aparecer nubes de un color ceniciento y rojizo que incendiaron el cielo y lo anegaron en un mar de sangre. Sobre aquellos rojos siniestros se contorneaban los montes ceñudos, impenetrables.

Era la visión algo de sueño, algo apocalíptico; todo se enrojecía como por el resplandor de una luz infernal; las piedras, las matas de enebro y jabino, las hojas verdes de los majuelos, las blancas flores de jara y las amarillas de la retama, todo se enrojecía con un fulgor malsano. Se experimentaba horror, recogimiento, como si en aquel instante fuera a cumplirse la profecía tétrica de algún agorero del milenario.

Graznó una corneja; la locomotora de un tren cruzó a lo lejos con estertor fatigoso. Llegaban ráfagas de niebla por entre las quebraduras de los montes; poco después empezó a llover.»

¡Cuánta elegancia literaria ponía don Pío Baroja en la descripción de los lugares por donde pasaba! ¡Qué fina sensibilidad poseía en su interior y cuánta emoción sentía cada vez que contemplaba un paisaje! Su sentido de la descriptiva no podía ser más real y sincero, como lo ha venido demostrando en todas sus obras, especialmente en ésta de «Camino de perfección».

Bernaldo de Quirós relata el accidente que le ocurrió en Guadarrama a don Diego de Torres Villarroel en el viaje que realizaba de Madrid a Avila:

«Don Diego sale de Madrid, en buen tiempo, acompañado de un criado, a caballo ambos, y ya entrada la noche se pierden en el monte, próximo ya el Puerto, cayendo con sus cabalgaduras, una de las cuales muere, al fondo de una trampa de lobos allí colocada por algún honrado pastor de Guadarrama, de El Escorial o de Peguerinos para defender sus ganados de la temible fiera. Don Diego y su fámulo pasaron una noche mortal, aguardando de un momento a otro la caída de algún lobo hambriento. Felizmente no sucedió así y quien llegó a la boca del foso, bien de mañana, fué el honrado ganadero autor del engaño, que recogiendo a las inesperadas víctimas, las encaminó a la más próxima vivienda, la casa forestal de un guardabosques llamado «El Calabrés», quien atendió a los atribulados viajeros, dándoles albergue y lecho por algunas horas, amén de desayuno y comida: un tazón de leche caliente para lo primero, y para lo segundo un plato de nabos guisados con tocino. A la tarde, amo y criado montaron de nuevo y, por Peguerinos y su aldeíta de Hoyo la Guija, llegaron a Las Navas del Marqués, donde pernoctaron, para salir al día siguiente hacia Avila, término de su viaje accidentado.»

Dentro de la literatura dedicada a la Sierra de Guadarrama predominan más los poetas que los prosistas descriptivos de la misma. La Sierra ha sido cantada en hermosos versos, poemas o serranillas en todos sus aspectos; unos la cantan con nieve, otros en su tempestad, otros en niebla, pero los más en toda su impresionante grandeza. Misteriosa, profunda, ha sido descrita como refugio de ladrones y salteadores de caminos, así como escenario de gestas heroicas.

Procuraremos destacar aquí, en este modesto trabajo, el canto que los poetas hacen de la Sierra en sus múltiples facetas.

Ricardo VALLADARES ROLDAN

Fotos: Ministerio de Información y Turismo y López

(Continuará en el próximo número.)

80% de espacio útil



Gracias a su original diseño, que responde a una utilización óptima de la tracción delantera, el 80% de su volumen es capacidad útil, y sólo el 20% está ocupado por el motor y la mecánica.

Dentro de unas ajustadas dimensiones externas, sus cinco plazas ofrecen no sólo una gran comodidad a los pasajeros, sino también una extraordinaria capacidad de transporte, en su maletero posterior independiente, de 365 dm.³

Por todo ello, el 127 resulta un automóvil perfectamente adaptado a los largos viajes y puede afrontar con igual eficacia los problemas de circulación y aparcamiento ciudadanos.

SEAT 127

En el centro de toda elección

Todo sobre el Seat 127

MOTOR

Dispuesto transversalmente. Tracción delantera. 4 cilindros - 903 cm³. (65 x 68). Potencia máxima: 52 CV (SAE). Relación de compresión: 9:1.

EMBRAGUE

Monodisco en seco.

CAMBIO

De 4 velocidades sincronizadas y marcha atrás, sistema Porsche. Palanca de mando al suelo.

CARROCERIA DE ESTRUCTURA PORTANTE

Distancia entre ejes: 2,225 Ancho de vía anterior: 1,280 Ancho de vía posterior: 1,295 Longitud máxima: 3,595 Anchura máxima: 1,527 Altura máxima: 1,370

SUSPENSION ANTERIOR

De ruedas independientes con brazos oscilantes y amortiguadores telescópicos de doble efecto. Muelles helicoidales y barra estabilizadora.

SUSPENSION POSTERIOR

De ruedas independientes con brazos oscilantes y amortiguadores telescópicos de doble efecto. Ballesta transversal con efecto autoestabilizador.

DIRECCION

De piñón y cremallera. Columna de dirección partida con dos jumas cardán.

FRENOS

Anteriores de disco y posteriores de tambor. Accionamiento hidráulico con circuitos anterior y posterior independientes entre sí. Corrector de frenada sobre el circuito posterior.

DEPOSITO DE GASOLINA

Posterior con capacidad para 30 litros, con estructura protectora.

RUEDAS

Disco con llantas de 4.00 x 13". Neumáticos radiales de 135-13.

INSTALACION ELECTRICA

12 Voltios

VELOCIDAD

40 Km/h en primera

70 Km/h en segunda

105 Km/h en tercera

140 Km/h en cuarta





Esta es la casa del Alcalde de Miraflores con él a la puerta.

«EL TÍO FRANCACHELA», LOBERO DE MIRAFLORES

SEGUN LOS REGISTROS DEL AYUNTAMIENTO MATO 219 ALIMAÑAS

EL Alcalde de Miraflores de la Sierra, don Gonzalo Perales Soriano, es hombre exquisito en sus gustos. Lleva ya diez años al frente de aquel Municipio de Madrid, que ha alcanzado un buen ritmo de prosperidad durante la última década. Artista por vocación y profesión —titulado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, ejerce hoy como restaurador de cuadros del Museo del Prado y del de Arte Moderno—, no se limita en su Alcaldía a la simple promoción de los bienes materiales, sino que, con un gran sentido moderno de su función, busca y logra para sus convecinos y paisanos —él es nativo del mismo Miraflores— el desarrollo de la cultura, de la tradición y, en suma, de los bienes del espíritu.

Don Gonzalo Perales es, además, un gran conversador. Raro es el día que en su pequeña casa serrana, acondicionada sin lujos, pero al uso y costumbres del país, no acoja algún intelectual, artista o escritor, convirtiendo así el domicilio familiar en un cenáculo envidiable. Es allí donde don Gonzalo exhibe sus grandes cualidades para la narración verbal y aún la escrita.

A mí me contó un día a la caída de la tarde y a la sombra de la higuera del patio de entrada la historia del “Tío Francachela”, un lobero mirafloreño que cazó en su dilatada vida más de doscientos lobos y que, incluso, a su vejez, fué

La Diputación de Madrid le pensionó —era el siglo pasado— con ochenta céntimos diarios.

pensionado por la Diputación de Madrid con ochenta céntimos diarios como recompensa a los servicios prestados a la provincia en su rara profesión de exterminador de alimañas. En realidad la profesión del “Tío Francachela” era la de pastor, de la que el buen hombre dedujo y practicó, sobre el quebrado terruño serrano —desde Miraflores a Colmenar y de Chozas a Bustarviejo—, la de cazador de lobos.

Por razones de edad, don Gonzalo no conoció al famoso lobero, pero sí a quienes lo trataron a finales de siglo, narradores entusiastas, a su vez, de las hazañas de Antonio Robledo Palomino, que era así como se llamaba en vida el “Tío Francachela”. Su historia, verídica y detallada historia, se halla puntualmente recogida en un curiosísimo folleto publicado por el Barón de Ker en los “Establecimientos Tipográficos de los Hijos de Tello, impresores de Cámara de S. M., Carrera de San Francisco, 4, Madrid”. —No ha-

brá que decir que esta perla bibliográfica, agotada hace muchos años, no se encuentra por parte alguna—. El Alcalde, el buen Alcalde don Gonzalo Perales, ha tenido el cuidado de mandar hacer múltiples copias.

Por los detalles que recuerdo de la narración del Corregidor, el “Tío Francachela” nació en 1826 y su primer encuentro con un lobo fué, aún adolescente, en el monte de la Raya, a espaldas de La Pedriza, al observar cómo el ganado no comía alertado por un ejemplar descomunal de esta especie que merodeaba el aprisco. Cuando lo descubrió, Antonio Robledo se echó la escopeta de chispa a la cara y falló el disparo por no prender la yesca a tiempo. Cogió entonces el arma por el cañón y dirigiéndose valientemente hacia la alimaña que se disponía a atacarle, descargó tan rudo golpe sobre su cráneo que la dejó sin sentido. “Francachela” remató a la fiera con otra serie de golpes contundentes.

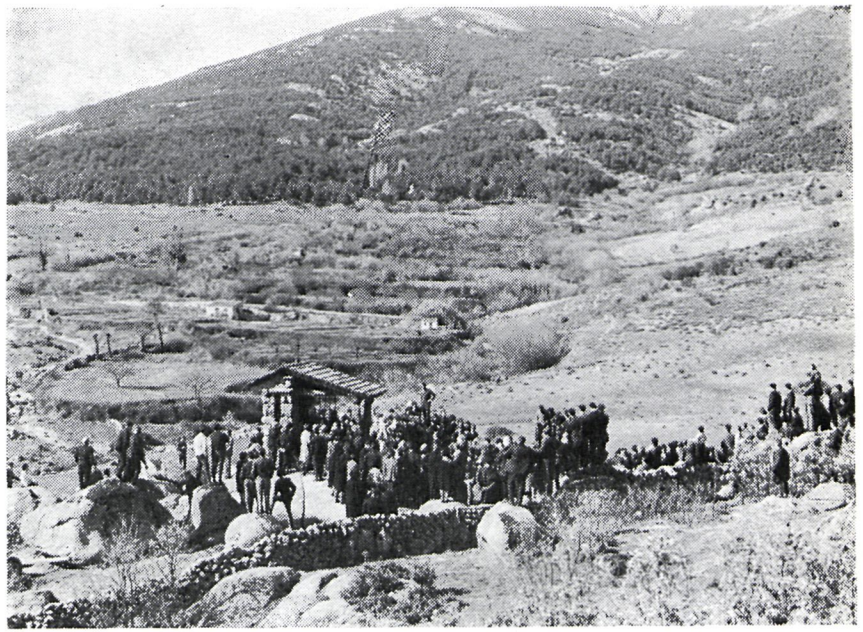
—El Ayuntamiento de Miraflores —siguió contándome el Alcalde—, en cuyo exiguo presupuesto era obligación figurase una partida para la lucha contra las alimañas, premió al valiente pastor con dos duros, no sin antes quedarse como comprobantes, según era de rigor, con las cuatro pezuñas del animal, las puntas de las orejas y el extremo del rabo.

Desde entonces “Francachela” simultaneó su pastoreo con toda suerte de audacias para la caza y el prendimiento en vivo de lobos y lobeznos. Lo mismo en la Najarra como en la Morcuera, en el término de Lozoya como en las elevaciones de Matamiranda o la Vaqueriza; todos los canchales, riscos y pasos de cabra conocieron la espera vigilante de Antonio el lobero. Unas veces frente a frente y otras con la astucia de la trampa y del saco, “Francachela” llegó a ser no sólo el enemigo número uno de esta especie tan dañina para el ganado de pastoreo, sino un conocedor total de la vida del lobo y de sus costumbres, con detalles espeluznantes como ese de proporcionar la loba a sus lobeznos pe-

Calle principal de Miraflores en fiestas. Hasta allí bajaban los lobos el siglo pasado.



(Fotos Lozano.)



Por estas vertientes del Humilladero andaba pastoreando y exterminando alimañas “el Tío Francachela”.

queñas aves, que caza previamente, para que jueguen, primero, sus hijos con ellas y las devoren después. Con la experiencia lobera de “Francachela”, en fin, podría haberse escrito un completo tratado de historia natural en torno al nacimiento, vida y muerte de esta especie montaraz.

—¡Poco podría hacer Antonio con los dos duros que por cabeza le adjudicaba el Ayuntamiento y la pensión que después le señaló la Diputación! —dije a don Gonzalo Perales.

—Eran también otros tiempos aquellos, mi amigo —me contestó el Alcalde—. Además de la pensión provincial concedida a instancia de los vecindarios de la comarca “por los inmensos beneficios que con su arrojo y constancia —rezaba la solicitud— produjo el cabrero Antonio Robledo Palomino a la ganadería y agricultura”, otra similar le señaló también el Real Patrimonio, mientras los pueblos de los contornos rivalizaban por premiar al popular cazador con monedas y otras dádivas cuando “Francachela” se presentaba en ellos con alimañas vivas o muertas nuevamente cobradas.

—¿Cuántos lobos mató en su vida?

—En los registros del Ayuntamiento de Miraflores consta que 219, aunque escaparan a la cuenta otras muchas capturas por falta de comprobación...

El Alcalde terminó su emocionante narración diciéndome que el lobero, contra todo pronóstico, murió en su domicilio serrano, en edad proveya y con la conciencia tranquila. ¡Había sido el ángel tutelar de centenares de miles de cabezas de ganado en la sierra madrileña! ¡Lo que se dice un benefactor!

JULIO DE URRUTIA

EUROPHARMA
ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS

DE
EUROPHARMA INTERNATIONAL, INC



Concesionario para España:

LABORATORIOS CASTEJON, S. A.

Autopista Barajas, Km. 12

«Edificio Europharma»

Teléfono 205 49 47

M A D R I D - 2 2

ESPECIALIDADES

BENZOMETAN
BREDEMINA ENZIMATICA
BUDIROL
EURODOPA
FLUVIATOL
FLUVIATOL ENZIMATICO

GASPAROL
LAUCALON
NEBULICINA
NOLOTIL
PALCOSIL
TOPASEL